

# Hacia la Comunión en la Filiación

## *Filially-Based Moral Theology of the Family. Towards Communion in Filiation*

RECIBIDO: 31 DE ENERO DE 2014 / ACEPTADO: 15 DE MARZO DE 2014

**Javier SÁNCHEZ CAÑIZARES**

Facultad de Teología. Universidad de Navarra  
Pamplona, España  
[js.canizares@unav.es](mailto:js.canizares@unav.es)

**Resumen:** El presente estudio pretende desarrollar las potencialidades de la teología moral filial para una adecuada comprensión de la teología moral de la familia. Cada familia humana tiene su fundamento en la fecundidad esponsal del Hijo encarnado, mediada por la Iglesia, y en cada una de ellas se desarrolla inicialmente la maduración filial de sus componentes, llamados en último término a la comunión escatológica de los hijos en el Hijo por el Espíritu Santo. A lo largo de todo este proceso, la participación en la Filiación funda la comunión, la desarrolla y la lleva a cumplimiento.

**Palabras clave:** Teología moral filial, Teología de la familia, Moral familiar.

**Abstract:** This study aims to develop the potential of filially-based moral theology for an adequate understanding of the moral theology of the family. Every family has its basis in the Incarnate Son's spousal fecundity, mediated by the Church, and in each family initially develops the filial maturation of its components, ultimately called to the eschatological communion of children in the Son by the Holy Spirit. Throughout this process, participation in the Son's Filiation founds, develops and brings to fulfillment the filial communion.

**Keywords:** Filially-Based Moral Theology, Theology of the Family, Ethics of the Family.

## 1. INTRODUCCIÓN

Resulta un secreto a voces que la teología moral de la familia está insuficientemente elaborada<sup>1</sup>. En el mejor de los casos, los teólogos contemporáneos han abordado la cuestión a partir del origen sacramental de la familia<sup>2</sup>. En otras ocasiones, se glosa el abundante magisterio eclesial y se permanece dentro de un esquema clásico, que considera la familia como realidad querida por Dios, con derechos y deberes, virtudes a cultivar y vicios a evitar. También resulta discutible la colocación habitual de la moral familiar después de la moral matrimonial en los manuales, pues si bien la familia procede del matrimonio, este último es ya familia destinada a crecer. La impresión general, en suma, es que falta una conexión profunda de la moral familiar con la teología dogmática y, en particular, con la cristología<sup>3</sup>.

Quizás no poner en relación el mensaje de Jesús con la familia se haya debido a temer que tal relación podría provocar cambios y horizontes tan insospechados para la familia y para la sociedad, que lo mejor era suponer que Jesús no había dicho nada, o algo del todo irrelevante, sobre la familia<sup>4</sup>. Por eso, en nuestra opinión, la deconstrucción de la familia en la sociedad actual es reflejo de un proceso de deconstrucción más profundo: el de Dios como Padre y el del hombre como hijo.

Este trabajo no tiene como objetivo presentar una moral familiar general, sobre la que hay ya mucho escrito. Pretende ofrecer una guía para desarrollar una moral de la familia basada en una teología moral filial o moral de

<sup>1</sup> Cfr. GALINDO, Á., «Horizonte antropológico y social de la familia», en ID. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 91. Como ejemplo de una visión de la moral familiar como mera moral natural, aún operativa en muchos ámbitos del pensamiento cristiano, cfr. LECLERCQ, J. y VENTOSA, J., *La familia. Según el Derecho Natural*, 5 ed. Barcelona: Herder, 1967.

<sup>2</sup> Un buen resumen se puede encontrar en TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, Roma: PUSC, 2003, 264-277.

<sup>3</sup> Resulta una adquisición de la teología moral contemporánea su dependencia radical de la antropología cristiana y, por tanto, su desvelamiento en el misterio del Verbo encarnado. En concreto, la participación de los hombres en el misterio de Jesucristo, como hijos en el Hijo, tiene una serie de consecuencias para la moral especial. Se pretende entonces explorar algunas de dichas consecuencias en el modo de entender la familia y la teología moral de la familia. Sobre el problema de una teología moral desconectada de la teología dogmática, cfr. SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., *Moral humana y misterio pascual. La esperanza del Hijo*, Pamplona: Eunsa, 2011, 15-28.

<sup>4</sup> Cfr. SÁNCHEZ MONGE, M., «Serán una sola carne...». *Estudio interdisciplinar sobre el matrimonio y la familia*, Madrid: Atenas, 1996, 262.

los hijos en el Hijo<sup>5</sup>. Para ello, partiremos de la Trinidad como Familia-Comunión, revelada por el Unigénito-Primogénito (cfr. Jn 1,18; Rom 8,29; Col 1,15) que, en su misterio pascual y con la mediación de la Iglesia, convoca a la comunión de los hijos de Dios, que estaban dispersos (cfr. Jn 11,52). No obstante, antes de empezar con el análisis teológico, merece la pena prestar atención al modo de entender la familia en los orígenes del cristianismo y realizar algunas consideraciones metodológicas.

### 1.1. *El cristianismo y la familia en los orígenes*

Los textos bíblicos que hablan de la familia reflejan que dicha realidad humana «no es ajena al plan de Dios; todo lo contrario, forma parte esencial de un Dios que cuenta con el hombre en todo y que se revela a sí mismo como un “Dios familiar”»<sup>6</sup>. Con el paso del tiempo, sin embargo, la institución familiar en Israel termina por absolutizar los lazos de la carne y de la sangre. Una parte del pueblo judío acaba entendiendo la familia en clave de estabilidad social al servicio de la descendencia y los intereses de grupo<sup>7</sup>.

En contraste con lo anterior, Jesús inaugura una familia nueva, la de los hijos del Padre, que se funda en la escucha y puesta en práctica de la Palabra de Dios (cfr. Mc 3,34-35). Jesús en ningún momento desprecia la institución familiar, pero le da una nueva situación respecto a la prioridad que tiene para todo hombre el escuchar dicha Palabra y ponerse en actitud de obediencia filial. Propone, en ese sentido, una nueva familia formada por sus discípulos<sup>8</sup>. Así, en los Hechos de los Apóstoles, san Lucas presenta a la Iglesia de los orígenes como una auténtica familia, que compartía todos los bienes y formaba *cor unum et anima una*, viviendo bajo la mirada de la Virgen Madre<sup>9</sup>.

<sup>5</sup> Por teología moral filial se entiende una teología moral radicada en una cristología filial (cfr. TREMBLAY, R. y ZAMBONI, S. [a cura di], *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, Bologna: EDB, 2008). Como toda teología, la teología moral tiene un fundamento trinitario y cristológico. Con el calificativo filial se quiere subrayar que la Filiación subsistente resulta el eje a partir del cual articular la transición de la teología a la economía y de la teología dogmática a la teología moral. El Hijo es Unigénito en el misterio trinitario (cfr. Jn 1,18) y primogénito de muchos hermanos en la economía de la salvación (cfr. Rom 8,29; Col 1,15).

<sup>6</sup> FRAILE, P. I., ««Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor». La familia en la Sagrada Escritura», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 56.

<sup>7</sup> Cfr. SÁNCHEZ MONGE, M., «Serán una sola carne...», 239.

<sup>8</sup> Cfr. FRAILE, P. I., «Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor», 51-52.

<sup>9</sup> Cfr. PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», en ID. (ed.), *Matrimonio-Famiglia nel NT e nei Padri della Chiesa*, Roma: Borla, 2006, 108.

Se inicia así un proceso de apertura que terminará en la abolición de los lazos étnicos como característica definitoria de la familia de Dios<sup>10</sup>. El Hijo de Dios hecho hombre «tomó y reformuló la exigencia de solidaridad familiar, la extendió más allá de los lazos de sangre, relativizando el aspecto étnico y dando la prioridad a los lazos fraternales que nacen de que Dios es Padre de todos. Es así como surge la imagen de su grupo como una familia de sustitución, con una gran exigencia de lealtad y solidaridad grupal y con relaciones fraternales entre sus miembros (Mt 20,24-28; 23,8-12). Sin embargo, Jesús abre ya esta exigencia de solidaridad más allá del grupo de discípulos inmediatos hasta incluir a los excluidos del sistema socio-religioso judío»<sup>11</sup>. El cristianismo naciente, a partir de la revelación en el Hijo de un Padre que sale para acoger a todos, introduce en su comprensión de familia a todos los seres humanos, sin tener en cuenta su procedencia.

Podemos decir, por tanto, que el «cristianismo utilizó la estructura familiar pero hizo estallar sus límites naturales hasta componer otra realidad más amplia, unos grupos en los que se aplicaban los valores familiares de la solidaridad, la lealtad, el apoyo, el cuidado, y la reciprocidad y generosidad generalizada (...). Quizá lo más relevante del cristianismo sobre la familia sea esa labor de socialización y educación en unos valores evangélicos que hacen estallar sus límites naturales para abrirse a otros y a otras necesidades, independientemente de la forma y el lugar donde se vivan después»<sup>12</sup>. La familia se vigoriza al abrirse a la gran familia humana, pues el «reinado de Dios implica ser sus hijos de adopción y, en consecuencia, comenzar a formar parte de una gran familia, la de los hijos del único Padre (Mt 23,9). A ella ha de estar enteramente subordinada la familia de la carne y de la sangre, que no pierde nada con ello, sino que gana consistencia y se abre al amor universal»<sup>13</sup>.

Indudablemente, todo esto introdujo una cierta tensión –no muy distinta a la que hoy día también puede darse en algunos casos– dentro de la misma familia natural. La labor de purificación llevada a cabo por el cristianismo implicó que la separación inicial del judaísmo se realizara en las familias<sup>14</sup>. Es

<sup>10</sup> Por familia de Dios nos referimos a la Iglesia, la familia de los hijos de Dios, cfr. Catecismo de la Iglesia Católica (CCE), n. 1632 y, especialmente, n. 1655.

<sup>11</sup> VALDIVIA, C., BERNABÉ, C. y RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., *Cambios en la familia y cristianismo*, Bilbao: Universidad de Deusto, 2004, 46.

<sup>12</sup> *Ibid.*, 64.

<sup>13</sup> SÁNCHEZ MONGE, M., *Antropología y Teología del matrimonio y la familia*, Madrid: Atenas, 1987, 41.

<sup>14</sup> Cfr. BARTON, S. C., *Discipleship and family ties in Mark and Matthew*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994, 222.

cierto que la tensión respecto de la familia que se produce en el cristianismo no es única. Tanto en el judaísmo como en las tradiciones filosóficas del mundo greco-romano estaba presente la convicción de que las obligaciones familiares podían ser trascendidas por obligaciones religiosas o filosóficas superiores. Pero aquí es el mismo Jesús quien marca la identidad de esta nueva familia de los cristianos. Si bien hay muchos elementos (especialmente en las epístolas paulinas) que favorecen la familia natural, éstos quedan siempre subordinados a la nueva familia de Jesús.

En esta tesitura, si no se parte de la unidad del designio salvífico de Dios, es fácil caer en cierto enfoque dialéctico que ve en el cristianismo un mero «purificador» de la familia natural y la comunidad cristiana como «alternativa» a la familia<sup>15</sup>. El Unigénito-Primogénito no se opone a la familia natural, sino que la abre a su vocación última porque la familia natural es ya, en sí misma, una *predisposición a la familia de Dios*, basada en la *predisposición a la filiación*<sup>16</sup> de cada ser humano. Frente a autores que consideran de modo simplemente espiritual o simbólico los términos familiares usados por el Nuevo Testamento para referirse a la familia que forman los cristianos<sup>17</sup>, hay que decir que «las metáforas familiares con las que los primeros cristianos se auto-comprendían eran algo más que mero lenguaje; expresaban los valores familiares característicos del grupo familiar que vivían los cristianos entre sí, pero que también extendían hacia fuera, a sus vecinos, a los necesitados... Y ésta era una característica que no pasaba desapercibida»<sup>18</sup>.

Esta característica tampoco debe pasar desapercibida a la hora de enfocar nuestras reflexiones sobre la moral familiar. Un equívoco metodológico sería recurrir simplemente a la familia natural para entender la familia de Dios. Si bien nuestro conocimiento humano se sirve en parte de ese camino, iluminado por la fe apunta a una realidad más profunda: es el Dios-

<sup>15</sup> Cfr. MAZZUCCO, C., «Dignità del matrimonio e della famiglia nella riflessione patristica», en NALDINI, M. (ed.), *Matrimonio e famiglia: Testimonianze dei primi secoli*, Fiesole: Nardini, 1996, 56-57.

<sup>16</sup> Sobre este término, cfr. TREMBLAY, R., *Radicali e fondati nel Figlio. Contributi per una morale di tipo filiale*, Roma: Dehoniane, 1997, 47; ID., *Vous, lumière du monde. La vie morale des chrétiens: Dieu parmi les hommes*, Québec: Fides, 2003, 146; ID., «Ma io vi dico...». *L'agire eccellente, specifico della morale cristiana*, Bologna: EDB, 2005, 77-79; CHENDI, A., «Il Dio trinitario e il suo disegno», en TREMBLAY, R. y ZAMBONI, S. (a cura di), *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, Bologna: EDB, 2008, 130-131.

<sup>17</sup> Cfr. PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», 36.

<sup>18</sup> VALDIVIA, C., BERNABÉ, C. y RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., *Cambios en la familia y cristianismo*, 50.

Familia<sup>19</sup> quien está en el origen de toda familia humana, cuya consistencia *a se* es muy relativa. Sólo esta prioridad puede explicar que los pasajes del evangelio donde Jesús exige la superación de los lazos familiares no suponen una ruptura con la familia natural, sino la conversión a su verdad más profunda.

### 1.2. *Consideraciones metodológicas*

Precisamos ahora un poco más estos aspectos metodológicos. La teología moral de la familia está acostumbrada a tratar de la familia como una realidad derivada del matrimonio<sup>20</sup>, de manera que la teología dogmática entraría en juego desde la perspectiva de la sacramentaria y la eclesiología<sup>21</sup>. No obstante, puesto que la pregunta ética en el ámbito de la familia, como en cualquier ámbito del actuar humano, es ante todo una pregunta sobre el sentido<sup>22</sup>, la unidad del designio divino para toda la creación hace que la protología tenga un papel decisivo para toda la moral, también la de la familia.

Nuestro punto de partida es, pues, que cada familia tiene su fundamento último en la fecundidad sponsal del Hijo encarnado. Por esta expresión ha de entenderse que el Hijo es Primogénito de muchos hermanos siendo Esposo de la Iglesia, de modo que los hermanos del Primogénito son generados gracias a la fecundidad sponsal del Hijo, que une a sí a la Iglesia, de modo inseparable, en la generación de los nuevos hijos del Padre. Esto conduce directamente a preguntarnos por el orden según el que se han de articular los siguientes nombres de Jesucristo: Hijo, Esposo y Primogénito. En nuestra opinión, el orden que acabamos de exponer es el que se debe seguir para una mejor comprensión de la teología moral familiar, ya que permite situar el origen de la familia humana en el seno mismo de la Trinidad.

<sup>19</sup> Por Dios-Familia ha de entenderse que la Comunión trinitaria es Familia. Se trata de una expresión en consonancia con CCE, n. 2205: «La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo».

<sup>20</sup> Cfr. FERNÁNDEZ, A., *Teología Moral II. Moral de la persona y de la familia*, Burgos: Aldecoa, 1993, 563 y 609. «La famiglia cristiana è posta in essere dal sacramento del matrimonio»: CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare. Non è bene che l'uomo sia solo: L'amore, il matrimonio, la famiglia nella prospettiva cristiana*, Siena: Cantagalli, 2006, 287. La generación de la persona humana transforma el matrimonio en familia: cfr. ID., *L'amore insidiato. Non è bene che l'uomo sia solo: L'amore, il matrimonio, la famiglia nella prospettiva cristiana*, Siena: Cantagalli, 2008, 40.

<sup>21</sup> Cfr. MAJDANSKI, K. y RENARD, A. C., *Communauté de vie et d'amour. Esquisse de Théologie du mariage et de la famille*, Paris: S.O.S., 1980, 19.

<sup>22</sup> Cfr. LORENZETTI, L., *La morale nella storia. Una nuova voce nei 40 anni della Rivista di Teologia Morale (1969-2009)*, Bologna: EDB, 2009, 180.

A grandes rasgos, se podrían enumerar a priori los siguientes puntos de partida para elaborar una moral familiar: (i) Partir de la familia como realidad antropológica básica, comprensible desde sus propias coordenadas (el modelo es ella misma)<sup>23</sup>; (ii) Partir de la familia como fruto del amor de Cristo-Esposo por la Iglesia (de modo que el modelo privilegiado para entender la familia es la Iglesia); (iii) Partir del mismo Dios-Familia (el modelo para entender la familia es Dios-Trino). Mientras que el esquema (i) hunde sus raíces en una teología del natural/sobrenatural hoy en desuso, el esquema (ii), si bien válido, ha de ser complementado en sus fundamentos con el esquema (iii), que ha sido poco tratado<sup>24</sup>. Dicho en otros términos, el amor esponsal de Cristo por su Iglesia puede ser la fuente de la familia porque Cristo es el Unigénito del Padre en el Espíritu por toda la eternidad y Primogénito de muchos hermanos (cfr. Rom 8,29).

Porque el Hijo del Padre —«de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra» (Ef 3,15)— es Unigénito-Primogénito, la prioridad para entender toda comunión familiar la tiene la Filiación. Este fundamento no sólo no excluye, sino que explica la posterior centralidad de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en el que se engendran los hermanos del Primogénito a partir de cada familia natural. Y ésta resulta a su vez una predisposición para encarnar la familia de Dios como «Iglesia doméstica». A la Iglesia-comunión, como unidad de los hijos de Dios, ha de tender cada familia; pero dicha comunión no es sino el aspecto dinámico de la filiación. La teología moral familiar ha de insistir, por tanto, en el fundamento filial originario de la familia.

<sup>23</sup> Como representante de este esquema podemos citar a Caffarra, que busca una antropología adecuada para construir la teología del matrimonio y la familia: cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, X; un recorrido antropológico que parte de la relación conyugal como forma originaria de relación interpersonal (cfr. *ibíd.*, 9-10; 101) y permite, al final del mismo, encontrar el dato bíblico: cfr. ID., *L'amore insidiato*, 38. No obstante, Caffarra se encuadra también en una perspectiva similar a Tettamanzi y al esquema (ii), aunque sus líneas fundamentales de argumentación sean antropológicas: la inseparabilidad de la dimensión unitiva y la procreativa; la cooperación en el amor creador de Dios y la sacramentalidad del matrimonio desde la creación: cfr. TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, 257-259.

<sup>24</sup> Ya Tettamanzi, probablemente el teólogo que más ha desarrollado una moral de la familia desde el esquema (ii), reconoce que la relación entre familia cristiana e Iglesia, fundamentada en el sacramento del matrimonio, ha de definirse mejor: cfr. TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola. Saggi teologici su matrimonio e famiglia*, Torino-Leumann: Elle Di Ci, 1986, 120. En concreto, sería necesario recorrer el camino que va de la analogía eclesial a la trinitaria, pues el *mysterium Ecclesiae* remite al *mysterium Trinitatis*: cfr. TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, 120.

La estructura de nuestro trabajo reflejará por tanto esta ordenación fundamental. Partiendo de la Familia-Comunidad que es la Trinidad, seguiremos con la revelación de la Iglesia en el misterio pascual del Hijo. Esta revelación apunta a una articulación básica en el desarrollo personal que se lleva a cabo dentro de cada familia, según el orden «filiación, fraternidad, paternidad»<sup>25</sup>. Como hemos señalado con anterioridad, la comunión de hombres en que consiste la Iglesia es, fundamentalmente, comunión de hijos. Por eso la familia tiene un fundamento filial y en ella se ha de desarrollar la filiación (como fraternidad) hasta alcanzar su plenitud (paternidad). La filiación es entonces el fundamento de la familia del mismo modo que Cristo es el fundamento de la Iglesia.

Por último, sería injusto no reconocer las diversas referencias magisteriales a lo que hemos dado en llamar esquema (iii)<sup>26</sup>. La familia se considera imagen o icono de la Trinidad, comunión de personas. Pero esto no debe hacernos olvidar que dicha conexión debe evitar un peligroso cortocircuito. Para que la familia llegue a ser comunión –abierta a la comunión de la humanidad en Cristo– ha de estructurarse en torno a su fundamento filial. El Hijo es la base de toda comunión y la comunión familiar, como reflejo de la Trinidad, supone el desarrollo y maduración de la filiación que hemos apuntado. Ésta es, en definitiva, la novedad metodológica que la teología moral filial puede aportar a la teología moral familiar.

## 2. EL HIJO REVELA LA FAMILIA DE DIOS

### 2.1. *La Trinidad es Familia ad intra. La familia ontológica*

Parafraseando la frase de san Cipriano, que definía a la Iglesia como *de unitate Patris et Filii et Spiritus Sancti plebs adunata*<sup>27</sup>, podríamos netamente afirmar *familia de Trinitate vocata*. Al fin y al cabo, como señala von Balthasar, la familia sigue siendo, pese a todas las diferencias evidentes, la *imago trinitatis* más elocuente inserta en la criatura<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Cfr. SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., «La familia, lugar de la madurez filial», *PATH* 10/2 (2011) 316-327.

<sup>26</sup> En particular, cfr. JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam sane* (CF), 2-II-1994, n. 6 y CCE, n. 2205.

<sup>27</sup> CIPRIANO, *De Dominica oratione*, 23: PL 4,536A.

<sup>28</sup> Citado en DE MIGUEL, J. M., «Trinidad divina y familia humana», en GALINDO Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 87, que cita a su vez a GRESHAKE, G., *El Dios Uno y Trino, una teología de la Trinidad*, Barcelona: Herder, 2001, 323.



En realidad, lo que está en juego al hablar de la familia como imagen de la Trinidad no es algo que interesa sólo a la teología académica, o una mera especulación desligada de la vida. «Cuando para hablar de la familia parece que nos desviamos al misterio de la Trinidad, estamos poniendo los cimientos para acceder al centro mismo de lo que la familia es y significa. La familia, de forma semejante a la Trinidad, es comunión de personas en el amor, donde hay reconocimiento del otro en su alteridad»<sup>29</sup>. De hecho, somos familia en la medida en que hay relaciones<sup>30</sup>.

Desgraciadamente, la teología no siempre ha dado la prioridad a esta dimensión familiar de Dios, considerando en ocasiones que se trataría sólo de un modo de hablar analógico, que no debe ir más allá<sup>31</sup>. Sin embargo, el lenguaje familiar en la Sagrada Escritura llega hasta los niveles más altos. La familia es, en sus distintos aspectos, enormemente apreciada en la perspectiva bíblica. La razón de este modo de proceder no puede ser otra que su ser representación y realización, en la economía de la salvación, de la realidad divina de la que deriva. Porque Dios es Padre, hay padres y madres sobre la tierra. Hay familias humanas porque Dios mismo es Familia.

La teología moral de la familia, por tanto, ha de partir de una verdad insoslayable: «De Jesús mismo, de su relación filial con Dios podemos aprender qué significa propiamente “padre”, cuál es la verdadera naturaleza del Padre que está en los cielos. Algunos críticos de la religión han dicho que hablar del “Padre”, de Dios, sería una proyección de nuestros padres al cielo. Pero es verdad lo contrario: en el Evangelio, Cristo nos muestra quién es padre y cómo es un verdadero padre; así podemos intuir la verdadera paternidad, aprender también la verdadera paternidad»<sup>32</sup>.

Estas palabras respecto del Hijo y del Padre, revelado por el Unigénito-Primogénito, nos permiten afirmar no simplemente que Dios sea «como una familia», sino que *Dios es Familia*<sup>33</sup>. Si se quiere aplicar la analogía, en todo caso, serían nuestras familias humanas las que son «como una Familia». Jesús

<sup>29</sup> SÁNCHEZ MONGE, M., «*Serán una sola carne...*», 267; ID., «Caminar en familia bajo el impulso del Espíritu Santo. Algunas dimensiones de la espiritualidad familiar», en GALINDO Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 239.

<sup>30</sup> Cfr. ICETA, M., *La familia como vocación*, Madrid: PPC, 1993, 9.

<sup>31</sup> Como ejemplo, cfr. SÁNCHEZ MONGE, M., «*Serán una sola carne...*», 265; PASTOR, F., *La familia en la Biblia*, Estella: Verbo Divino, 1994, 113.

<sup>32</sup> BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 23-V-2012.

<sup>33</sup> Cfr. HAHN, S., *Lo primero es el Amor. Descubre tu familia en la Iglesia y la Trinidad*, 2 ed. Madrid: Rialp, 2005, 55-63; CCE, n. 2205.

revela que es el Hijo de Dios y que Dios es Trinidad en el lenguaje de la familia. El mensaje de Jesús es inconcebible en otros términos que no sean los familiares. Sin el lenguaje de la familia no habría cristianismo<sup>34</sup>.

En el siguiente apartado referiremos cómo Dios ha abierto en Cristo –puerta de las ovejas (cfr. Jn 10,7)– las puertas de su casa y ha introducido en ella al hombre, de modo que, en Cristo y por medio de Cristo ha dejado de ser un extraño y ha pasado a ser «uno de casa». Ahora, cuando hablamos de paternidad o maternidad, conviene no olvidar que al venir al mundo una nueva persona humana, se está dando en el universo un acto de amor de Dios, que ha querido que una nueva persona participe de su felicidad. Toda paternidad/maternidad –y por tanto toda familia– tiene su origen en esta originaria Paternidad<sup>35</sup>.

Estas consideraciones tienen aplicación inmediata para la moral familiar. Los esposos, por ejemplo, no pueden decidir a «quién» van a concebir, porque cada concepción involucra *una creación*<sup>36</sup>. Se puede ver aquí la interrelación de las dimensiones divina y humana de la generación filial. En la actual economía de la salvación, dicha relación se comprende desde la sponsalidad del matrimonio abierta a la paternidad/maternidad<sup>37</sup>; mas que el hijo haya de recibirse como un don de Dios no hace sino expresar su intrínseca dependencia de Dios-Familia, en quien se da la fecundidad sponsal de Cristo, Dios y hombre verdadero.

Por eso, la concepción de una persona humana es mucho más que un acontecimiento biológico. Es un acontecimiento en que Dios mismo se hace presente. Los padres que advierten este misterio, saben que a su hijo le está reservado siempre un destino bueno (ser hijo de Dios); los que no lo advierten, desconocen el destino que espera al nuevo ser y rechazan con facilidad la apertura a la vida<sup>38</sup>. En último término, los esposos pueden aceptar el desafío de la

<sup>34</sup> Cfr. *ibíd.*, 47.

<sup>35</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, 8-11.

<sup>36</sup> Cfr. *ibíd.*, 147. «En el origen de todo hombre y, por tanto, en toda paternidad y maternidad humana está presente Dios Creador. Por eso los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios, que lo ama por sí mismo y lo llama a la filiación divina. Más aún: toda generación, toda paternidad y maternidad, toda familia tiene su principio en Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo»: BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias*, 9-VII-2006.

<sup>37</sup> «In breve, la copia è chiamata, per natura sua, a divenire comunità familiare»: LORENZETTI, *La morale nella storia*, 170.

<sup>38</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, 154.

vida porque la vida de su hijo está fundada en el acontecimiento de la venida al mundo del Hijo de Dios, de la Vida en plenitud (cfr. Jn 10,10). Cada hijo está predispuesto a la filiación y llamado a la vida eterna. Por eso, la persona del hijo no pertenece primariamente a los padres, sino que pertenece al Señor<sup>39</sup>. El Unigénito hecho hombre cumple esta pertenencia de modo eminente, mostrando en el culmen de su vida terrena que el Hijo pertenece al Padre. El misterio pascual del Hijo revela el sentido y el destino de cada uno de los componentes de la familia humana: la vuelta al Padre a partir de su condición de hijos.

Por otra parte, en la *communio* intratrinitaria aprendemos que el amor que Dios mismo es (cfr. 1 Jn 4,16) exige comunicación, entrega y recepción. Y el Amor no se realiza plenamente entre el Amante y el Amado solos; exige apertura a un tercero, que es precisamente el fruto del amor interpersonal<sup>40</sup>. Ese «tercero» es el Espíritu, el mismo Amor personal en la Trinidad; y también, de modo análogo en la creación, la humanidad, querida en sí misma para llegar a la plenitud de los hijos de Dios. De ahí que podamos afirmar que el Hijo encarnado es la expresión personal del amor del Padre por todo hombre, inefablemente unido a Cristo<sup>41</sup>.

Dios crea entonces al ser humano en la diferencia de varón y mujer para formar una *communio* –unidad en la diversidad– en la familia. El hombre y la mujer son unidos en una sola carne «para formar la familia y continuar así en el mundo la fecundidad divina de la vida (cfr. Gn 2,7). Si Dios es comunión de personas en el amor, la familia, igualmente comunión de personas en el amor, debe reflejar el mismo ser de Dios»<sup>42</sup>. Si la familia puede reflejar el misterio de la familia divina es porque tiene su origen en la Trinidad. La *communio divina* es comunicada a los hombres y encuentra su imagen más propia en la familia, llamada a alcanzar su plenitud en la familia de los hijos de Dios.

Por tanto, no se trata simplemente de que cada hombre, individualmente considerado, sea imagen de Dios; sino que también *es imagen de Dios porque es miembro de una familia*. La misma sociedad familiar es imagen de Dios. La familia se convierte en reflejo e icono de las relaciones trinitarias; es el espejo donde Dios se transparenta con mayor nitidez<sup>43</sup>. Hay una unidad nueva y ori-

<sup>39</sup> Cfr. *ibíd.*, 324.

<sup>40</sup> Cfr. DE MIGUEL, J. M., «Trinidad divina y familia humana», 84-85.

<sup>41</sup> Cfr. CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes* (GS), 7-XII-1965, n. 22.

<sup>42</sup> DE MIGUEL, J. M., «Trinidad divina y familia humana», 86.

<sup>43</sup> Cfr. GALINDO, Á., «Horizonte antropológico y social de la familia», 93.

ginal en la familia cristiana. Una unidad que es imagen viva y reflejo real de la unidad que se da en la Trinidad<sup>44</sup>. Ahora bien, todo esto es posible porque «la Trinidad es familia. La unión de amor entre las Personas divinas resalta la diferencia, singulariza a cada una de ellas. El amor, en la familia trinitaria y en la familia cristiana, lejos de anular a aquel a quien ama, le respeta, le hace ser lo que es. El Espíritu Santo es el vínculo, al mismo tiempo, unitivo y diferenciador. Ésta es la esencia de toda vida familiar. De este modo, la familia trinitaria es la primera familia»<sup>45</sup>.

Este último párrafo de Monge resulta muy esclarecedor. Tiene el mérito de llegar al mismo origen trinitario de la familia humana. Intenta una cierta estructuración de la familia, a partir del amor, pero se queda ahí. Considera la esencia, pero no el fundamento, que es la misma Filiación subsistente: sólo el Hijo, en su receptividad absoluta (ser engendrado) permite la distinción real y es fundamento para la unidad en la distinción, para una comunión estructurada, donde sigue habiendo una relación de orden. El Hijo es *distinto*; absoluta aceptación de su distinción respecto del Padre. En este sentido, es fundamento de una comunión en la distinción. Por eso los hijos cumplen también esa función para la comunión familiar. Aceptarse y ser aceptados como distintos del padre y la madre.

## 2.2. *El Cristo total en el misterio pascual. La familia económica*

El recorrido que lleva a cabo la teología dogmática tradicional suele considerar la Iglesia como la familia de Dios extendida, en la que entran a formar parte las familias naturales. El punto de vista de la moral filial resalta la centralidad del Hijo para toda la moral. Este punto de vista ha estado generalmente ausente de la teología de la familia. Hay consideraciones teológicas sobre la dimensión cristocéntrica de la espiritualidad conyugal y familiar y, en ocasiones, se trata también de la «restitución» y «renovación» de la familia que Cristo realiza en su misterio pascual histórico<sup>46</sup>. La carencia de este tipo de enfoques es la ausencia del tratamiento protológico de la familia, a partir de la *creación en Cristo* (cfr. Col 1,16).

<sup>44</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *La famiglia via della Chiesa. Sussidi Pastorali e Liturgici*, 2 ed. Milano: Massimo, 1991, 260.

<sup>45</sup> SÁNCHEZ MONGE, M., «Caminar en familia bajo el impulso del Espíritu Santo», 239.

<sup>46</sup> Cfr. *ibíd.*, 242-244, el epígrafe titulado: «El Hijo y la familia cristiana».

La intuición que deseamos desarrollar aquí pretende sacar consecuencias prácticas de la prioridad teológica del Hijo sobre la Iglesia, salvada indudablemente su inseparabilidad. Es en el ofrecimiento eterno de Cristo al Padre –del único Cristo Pascual, misterio escondido desde los siglos en Dios (cfr. Ef 3,11)– donde se genera la familia extendida de Dios.

Tanto Tettamanzi como Caffarra se han referido al origen sacramental de la familia, su enraizarse en último término en el misterio pascual de Cristo. Ahora bien, el misterio pascual es –recurriendo a la conocida articulación patristica– *teológico* y *económico*. Es la fuente de donde deriva la filiación de los hermanos del Primogénito. Así pues, la familia tiene ya unas raíces filiales muy profundas, gracias a la fecundidad sponsal del Hijo. Ciertamente, esta dimensión no agota la consideración de la familia como comunión, pero el misterio pascual es la forma intrínseca que toma dicha comunión; de ahí la necesaria mediación económica del misterio de Cristo y de la Iglesia en el origen de la familia. Es necesario por tanto mantener, al principio y al final, la articulación teológica desde una comunión-amor, que adopta la forma filial por la Encarnación redentora del Unigénito-Primogénito.

Partir de la Trinidad significa partir del Amor, pero del Amor Paterno, que genera al Hijo y espira al Espíritu. Luego, para entender la familia, hay que pasar por el misterio de la unión de Cristo con la Iglesia. La generación de la familia según el designio Dios pasa por el misterio pascual: es mediada por Él. Esto significa que la paternidad o la maternidad humanas no pueden darse «solas», sino dentro del misterio de la unión sponsal del Hijo, del que el matrimonio es imagen<sup>47</sup>. Pero el Hijo es Esposo y Primogénito, por eso el matrimonio está abierto a la vida y resulta ser el ámbito propio para colaborar en la procreación de los hijos de Dios, como señalábamos en el apartado anterior.

Así pues, el Hijo eterno aúna el misterio de la familia humana y el misterio de la familia de Dios<sup>48</sup>. El reflejo económico de dicho misterio es que, en Cristo, nuestras pequeñas familias humanas han de ser introducidas en la gran

<sup>47</sup> De ahí la imposibilidad de separar la unión matrimonial de su fuente: Cristo en el sacrificio del Calvario. La circunvalación de dicho misterio en la vida de la pareja no es posible: cfr. AROCE-NA, F. M., *Liturgia y vida. Lo cotidiano como lugar del culto espiritual*, Madrid: Palabra, 2011, 106.

<sup>48</sup> «Junto con la asunción de la humanidad, en Cristo está también “asumido” todo lo que es humano, en particular, la familia, como primera dimensión de su existencia en la tierra»: JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Redemptoris custos*, 15-VIII-1989, n. 21. La comprensión cristiana de lo humano es siempre desde su asunción en lo divino, según el dogma de Calcedonia y GS, n. 22.

familia de Dios. La exégesis del «no es bueno que el hombre esté solo» (Gn 2,18) es aplicable tanto al Unigénito hecho hombre, Esposo fecundo, Primogénito de muchos hermanos, como al correlato que de su fecundidad se da en la familia natural. No hay que olvidar que el hombre se sintió solo y Dios no creó otro hombre, sino a la mujer<sup>49</sup>. Precisamente la comunión inicial en la humanidad es entre el hombre y la mujer porque la comunión ha de ser fecunda.

En el plano de la economía salvífica, el Hijo acoge a los pecadores y los introduce en la familia de Dios, conduciéndolos de la máxima extrañeza a la máxima cercanía. En la familia humana, la comunión inicial entre el hombre y la mujer se abre al don de la vida: a los hijos; éstos se han de abrir a los nuevos hermanos; y toda la familia continúa ensanchándose para acoger nuevos miembros: yernos, nueras, nietos..., que forman sus propias familias sin dejar de pertenecer a la anterior. Este entrelazamiento familiar y generacional en la historia es hecho posible por el amor filial del Unigénito-Primogénito.

Hay por tanto una relación estrechísima entre la humanidad del Verbo encarnado, la Iglesia y la familia, cuyo origen se halla en la fecundidad sponsal del Hijo. Familia e Iglesia tienen relaciones recíprocas porque tienen un punto de origen común: el misterio pascual de Jesús. En realidad, hay una profunda unidad entre el acto creador de Dios y el acto redentor de Cristo. En el sacrificio redentor de Cristo se desvela enteramente el designio que Dios ha impreso en la humanidad del hombre y de la mujer desde la creación. Esto no hace sino reflejar la impronta pascual de la creación desde sus inicios. Toda la creación es pascual porque procede del ofrecimiento eterno del Hijo al Padre en el Espíritu. De la fecundidad sponsal de Cristo, expresada radicalmente en el misterio pascual, deriva una familia natural destinada a construir la Iglesia y una Iglesia en donde se forma cada familia cristiana.

Desde el punto de vista de la ejemplaridad del Hijo, es claro entonces porqué «cada persona es imagen de Cristo o, dicho de otro modo, el Señor Jesús, el Hijo encarnado, es modelo del ser humano. Pero no sólo en cuanto individuo, sino como miembro de una familia. Esta realidad humana refleja también a Jesucristo. Y ello se entiende con cierta facilidad al tener en cuenta que el amor y la solidaridad entre los hombres, elemento central de la vida familiar, es también lo esencial en la persona del Hijo hecho hombre»<sup>50</sup>. Se

<sup>49</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, 145.

<sup>50</sup> PASTOR, F., *La familia en la Biblia*, 76-77.

entiende también con una nueva luz que «la familia es un elemento importante en la realidad humana de Jesús. Lo acerca a los demás seres humanos, pero los evangelios muestran la importancia de este elemento. Dios, en su vida humana, asume personalmente la familia y revela así su puesto en la historia de la salvación. Realmente se trata de realizar en la vida terrestre del Hijo los principios más profundos que puedan imaginarse sobre este tema»<sup>51</sup>. Y el principio más profundo es éste: que el Hijo entrega su vida por la Iglesia, su esposa, y por su familia, como Primogénito de muchos hermanos (cfr. Jn 10,11.15.17s)<sup>52</sup>. El Cristo total debe llevar a cabo económicamente lo que el Hijo del Padre eternamente es.

Seguramente es en el sacramento de la Eucaristía donde esta acción del Cristo total se hace presente del modo más pleno, también por lo que respecta a su fontalidad para la familia. La Eucaristía, re-presentación sacramental del misterio pascual, es fuente del matrimonio y la familia. Si la Eucaristía hace la Iglesia, la Eucaristía hace la Iglesia doméstica. En este punto, resulta decisivo considerar la dimensión eterna del misterio pascual de Cristo como ofrecimiento propio al Padre en el Espíritu Santo. De este ofrecimiento intratrinitario y eterno nacen la Iglesia y la familia humana en la economía de la salvación.

Tettamanzi ha indicado con insistencia que la radicalidad de la relación entre la Iglesia y la familia proviene de su fundamento sacramental<sup>53</sup>, pues el acontecimiento central, que explica a la vez la eucaristía y el matrimonio es la alianza de Dios con su pueblo: de Yahvé con Israel, de Jesucristo con la Iglesia. Por eso, no es en último término en el corazón de los esposos el lugar donde se instaura y se vive la alianza que los hace una sola carne, sino en el corazón del Crucificado. Es el amor sacrificial del Señor Jesús la fuente y el constante alimento de la alianza conyugal: el amor «recordado y representado» por la eucaristía y «anunciado y comunicado» por ésta al matrimonio sacramento<sup>54</sup> y a la familia. Pero la celebración eucarística tiene a la vez su fuente en una relación filial con Dios Padre, modelada y derivada de la relación singular que el Unigénito-Primogénito mantiene con el Padre.

<sup>51</sup> *Ibid.*, 79.

<sup>52</sup> Cfr. PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», 100.

<sup>53</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola*, 212-214.

<sup>54</sup> Cfr. *ibid.*, 311-314.

## 3. LA IGLESIA: FAMILIA DE LOS HIJOS DE DIOS

Llegados a este punto, se atisba una respuesta a la siguiente cuestión: ¿por qué es necesaria la mediación eclesial a la hora de buscar el fundamento de la familia? ¿Por qué la familia natural no refleja simplemente la Familia trinitaria? La respuesta pasa por el dato de la generación de cada ser humano como ser temporal y, en ese sentido, está estrechamente ligada a la unión de Cristo con cada hombre. Pero la Encarnación del Hijo es inseparable de su ser Esposo de la Iglesia, seno en donde se generan los hermanos del Primogénito. Si para entender la familia hemos enfatizado su fundamento filial, este fundamento es inseparable de la Esposa del Hijo. La familia es entonces predisposición a la Iglesia porque cada ser humano está predispuesto a ser hijo en el Hijo.

En la historia humana –coextensiva con la economía de la salvación–, Dios no crea a los hermanos del Primogénito «directamente»; lo hace contando con la colaboración del matrimonio humano, según la modalidad del amor fecundo en el tiempo. Ahora bien, el amor conyugal no es un reflejo extrínseco del Amor divino; la manera de generar de los seres que habitan en el tiempo. El matrimonio es a su vez reflejo de la unión de Cristo por su Iglesia y, desde ese punto de vista, se halla intrínsecamente ordenado a la familia y a la Iglesia, estando la primera orientada a la segunda. En la familia, ser hijo y ser hermano son los presupuestos para poder recibir el don de la paternidad/maternidad que vuelve a ser origen de nuevos hijos. «He procreado un varón, con la ayuda del Señor» (Gn 4,1). No se entiende ser padre/madre sin el fundamento de Dios y de la Iglesia, esposa del Unigénito-Primogénito.

Mientras que la dimensión generativo-oblativa se enraíza en la eternidad (en la Familia eterna cuyo origen es el Padre), la dimensión esponsal está ligada a la temporalidad: a la manifestación económica del amor de Cristo por su Iglesia, que se actualiza en la generación de los hijos en el contexto del amor esponsal. Estas dos dimensiones resultan inseparablemente unidas en el Hijo: Unigénito en la eternidad y Primogénito en el tiempo.

Así pues, el binomio Cristo-Iglesia realiza la mediación entre la generación eterna (en el misterio de Dios) y la temporal (en el seno de la familia natural) de cada hijo. En el binomio Cristo-Iglesia, que no es otra cosa que el Cristo-total, se integran perfectamente la dimensión eterna y temporal de Dios y la dimensión temporal de los hijos de Dios. Por otra parte, la referencia a las dimensiones fecunda y esponsal permite superar la identificación de



la paternidad/maternidad con la sponsalidad. No se pueden reducir la una a la otra, como muestra el hecho de que haya padres y madres que no son esposos y esposos que no son padres ni madres. Paternidad y maternidad forman la vía para que cada familia natural extienda su fecundidad abriéndose a otras familias y, en última instancia, a la familia de Dios.

La Iglesia nace en el misterio pascual de Jesucristo y es, al mismo tiempo su esposa. Se realiza económicamente en este misterio lo que habrá de realizarse naturalmente en cada familia: un matrimonio que acrecienta el número de los hijos. Los esposos se incorporan así al misterio de la procreación sponsal, de la colaboración primera en la generación de los hijos de Dios. Mas no se debe olvidar, como apunta Caffarra, que generar no es un mero hecho biológico para el hombre. Supone transmitir un sentido generado por la verdad. La Iglesia recoge este desafío testimoniando un sentido del vivir –donado, no producido– a cada hombre que viene al mundo<sup>55</sup>. Estableceremos ahora con más detalle las relaciones que se dan entre la familia y la Iglesia teniendo en cuenta un principio fundamental, no siempre respetado en la moral familiar: es prioritaria y fundante, la relación que va de la Iglesia a la familia cristiana, mientras que la relación que va de esta última a la Iglesia es derivada<sup>56</sup>.

### 3.1. *La Iglesia, morada de las familias*

El Concilio Vaticano II sitúa en la pista adecuada para entender la prioridad de la Iglesia sobre las familias cuando afirma que «Dios, que cuida de todos con paterna solicitud, ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos. Todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios, quien hizo de uno todo el linaje humano y para poblar toda la haz de la tierra (Hch 17,26), y todos son llamados a un solo e idéntico fin, esto es, Dios mismo»<sup>57</sup>.

Hay un profundo nexo, bien establecido exegeticamente, entre la comunión en la familia cristiana de los orígenes y la acción creadora y vivificante del Espíritu Santo<sup>58</sup>. Como señala el magisterio actual: «El Espíritu es también la fuerza que transforma el corazón de la Comunidad eclesial para que sea en el

<sup>55</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *L'amore insidiato*, 162.

<sup>56</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola*, 120.

<sup>57</sup> GS, n. 24.

<sup>58</sup> Cfr. PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», 125.

mundo testigo del amor del Padre, que quiere hacer de la humanidad, en su Hijo, una sola familia»<sup>59</sup>.

La Iglesia es, en ese sentido, el lugar donde mora el significado profundo de cada familia humana. Esta realidad permite aclarar cómo el hombre es constitutivamente familia al ser imagen de Dios, según la mediación de Cristo y la Iglesia. Ello quiere decir que el hombre nace siempre en una familia. Aunque su familia natural resulte fracasada y se vea abandonado, siempre es acogido en la gran familia de la Iglesia: La esposa de Cristo es madre también de aquellos que, por diversas circunstancias, carecen de una familia, porque la Iglesia es la casa y la familia de todos, y abre sus puertas a todos<sup>60</sup>.

Merece la pena reflexionar sobre lo que sucede en la liturgia bautismal. Cuando los padres llevan al hijo a la Iglesia, piden a ésta el bautismo y la fe. A su vez, la Iglesia pide a los padres educar al niño en esa fe. La cuestión es que el nuevo ser puede entrar en la familia de Dios sólo a través de la mediación eclesial, que incumbe desde el principio a su propia familia natural. Si la familia humana se desgaja de la Iglesia, pierde su razón de ser más profunda.

Por eso, lleva razón Tettamanzi cuando señala que la clave sobre la familia, apuntada por el último concilio, está en la profunda reciprocidad entre la comunión conyugal-familiar y la comunión eclesial, pero atendiendo bien a la articulación. La calificación de «Iglesia» que se atribuye a la familia cristiana (y no tanto a los cónyuges como tales) es constantemente justificada a partir de la fuente sacramental de la que mana la misma familia: es a través del poder del sacramento como la familia cristiana es puesta en relación con la Iglesia y llega a ser constituida «Iglesia doméstica»<sup>61</sup>. La Iglesia nace de Cristo y la familia nace de la unión de Cristo con su Iglesia, actualizada en la economía de la salvación mediante el matrimonio de los cristianos<sup>62</sup>.

### 3.2. *La familia, Iglesia doméstica*

«La familia es cuerpo de Cristo en el propio hogar. Ese es el gran misterio que encierra la familia cristiana. El amor de los esposos, de los padres, de los hijos y hermanos es signo sagrado y profundo que revela el amor de Cris-

<sup>59</sup> BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25-XII-2005, n. 19.

<sup>60</sup> Cfr. CCE, n. 1658; JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Familiaris consortio* (FC), 22-XI-1981, n. 85.

<sup>61</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola*, 105-108.

<sup>62</sup> El orden al que hacemos referencia queda igualmente reflejado en GS, n. 48 y CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Lumen gentium* (LG), 21-XI-1964, n. 11.

to Jesús a su Iglesia»<sup>63</sup>. La familia cristiana es una revelación y una actualización de la Iglesia. Es la misma estructura del sacramento, en cuanto signo eficaz, lo que se refleja en la estructura de la familia<sup>64</sup>. La familia revela y coopera así activamente en la edificación de la Iglesia.

En el plano económico de la historia de la salvación, por tanto, la relación entre familia cristiana e Iglesia es de naturaleza sacramental. Es una relación en la doble línea de la significación y la participación. Características propias de la dimensión eclesial de la familia son la esponsalidad y la fecundidad. De esta manera resulta imagen viva o memoria de la Iglesia<sup>65</sup>.

El Concilio vaticano II, haciendo propia la terminología patristica, se refiere a la familia como una «Iglesia doméstica»<sup>66</sup>. Pero hay que resaltar que la identificación no es absoluta, sino analógica<sup>67</sup>, siendo la Iglesia el analogado principal, desde un punto de vista estrictamente teológico. No obstante, como apuntábamos en la Introducción, todo parece indicar que en los orígenes del cristianismo se halla la casa doméstica. La familia es el punto de partida de la formación de la comunidad eclesial y de la evangelización. Realmente la Iglesia nace como una familia, porque la familia es, a su manera, imagen viva y representación histórica del misterio mismo de la Iglesia<sup>68</sup>.

En la Sagrada Escritura, la familia aparece como lugar del encuentro del hombre con Dios. La historia de cada familia resulta un pequeño episodio de la historia de la salvación, que se lleva a cabo en las familias. La salvación, aun siendo un suceso personal, se realiza en unión con otros. Y la familia representa el grupo más inmediato para ello<sup>69</sup>. La razón de ser de todo ello es que el amor se experimenta como salvación en primer lugar en la propia familia:

<sup>63</sup> ALBURQUERQUE, E., «La familia, Iglesia doméstica», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 134.

<sup>64</sup> Cfr. LG, n. 41.

<sup>65</sup> Cfr. TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, 113ss.

<sup>66</sup> Cfr. LG, n. 11.

<sup>67</sup> «Al di là delle formule usate, che pure hanno il loro significato, è la descrizione che di fatto il Concilio fa della famiglia cristiana ad esigere che la sua relazione con la Chiesa venga precisata alla luce dell'analogia»: TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola*, 110. Tettamanzi pone además de manifiesto que en la analogía de la familia con la Iglesia hay también diferencias, que otros autores no han respetado: cfr. TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, 173. Sobre las líneas generales para el desarrollo de la eclesialidad propia de la familia en Tettamanzi: cfr. *ibíd.*, 220ss.

<sup>68</sup> Cfr. ALBURQUERQUE, E., «La familia, Iglesia doméstica», 129-132; FC, n. 49.

<sup>69</sup> Cfr. PASTOR, F., *La familia en la Biblia*, 77ss.

«La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos. La experiencia de ser acogidos y amados por Dios y por nuestros padres es la base firme que favorece siempre el crecimiento y desarrollo auténtico del hombre, que tanto nos ayuda a madurar en el camino hacia la verdad y el amor, y a salir de nosotros mismos para entrar en comunión con los demás y con Dios»<sup>70</sup>.

Así pues, la Iglesia se halla en el origen y en la meta de cada familia como lugar de la esponsalidad y fecundidad de Cristo, pero cada familia edifica la Iglesia, introduciendo a cada uno de los hijos en la familia de Dios; de ahí que santo Tomás asemeje a cada una de ellas a un «útero espiritual». La familia es entonces lugar originario de la educación y maduración de los hijos en la medida en que es lugar de la comunión de personas. Hay por tanto una contribución propia de la familia a la Iglesia, pues la primera explicita el implícito de la comunión eclesial<sup>71</sup>.

La economía de la salvación como proceso de *filialización*<sup>72</sup> se lleva a cabo de esta manera en las familias como un camino de maduración filial. Desarrollaremos por tanto la estructura de la familia como comunión creada de hijos, hermanos y padres; etapas sucesivas de la filialización que se estructura a partir de la única Filiación del Unigénito-Primogénito<sup>73</sup>.

#### 4. LA MADURACIÓN FILIAL EN LA FAMILIA

La familia se define fundamentalmente por las relaciones interpersonales que hacen de ella una comunidad de personas<sup>74</sup>. Podemos decir que paternidad/maternidad, filiación y fratría constituyen el triángulo humano generador de relaciones familiares entrecruzadas. Los lazos familiares tienen su origen humano en la paternidad/maternidad de los padres, reflejo de la fecundidad esponsal del Hijo y la Iglesia, de modo que la familia sea el lugar donde se lle-

<sup>70</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias*, 9-VII-2006.

<sup>71</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola*, 116.

<sup>72</sup> Cfr. TREMBLAY, R., *L'«innalzamento» del Figlio, fulcro della vita morale*, Roma: PUL, 2001, 108.

<sup>73</sup> Sobre la vocación del padre, de la madre y de los hijos: cfr. MAJDANSKI, K. y RENARD, A. C., *Communauté de vie et d'amour*, 56ss. Para el estudio pormenorizado de este camino, tomando como trasfondo la parábola del hijo pródigo (cfr. Lc 15,11-32): cfr. SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., «La familia, lugar de la madurez filial», 311-330.

<sup>74</sup> Cfr. LORENZETTI, L., *La morale nella storia*, 184.

va a cabo la primera entrega de los padres a los hijos: su filiación y el desarrollo inicial de la misma. En ese sentido, la familia es escuela de la vocación de cada persona<sup>75</sup>, que tiene siempre su fundamento en un proyecto indestructible de filiación divina.

Todos los miembros de la familia son hijos: dependen en su ser de la generación de otros. Ser hijo significa *ser desde* otros. En ese sentido, la filiación es indestructible y, al ser acogida, supone el reconocimiento de la propia creaturalidad: no ser causa ni origen de sí mismo. El ser humano descubre su filiación natural –predisposición a la filiación divina– en la familia donde nace como hijo de sus padres. El amor al hijo es tan constitutivo de la condición humana que se presenta como incondicional. Esto explica que sobre la filiación se entretejan la mayoría de las relaciones familiares. Pase lo que pase en la vida, se sigue siendo hijo. Pase lo que pase con la respuesta personal a la vocación divina, la llamada a la filiación en el Hijo continúa presente.

En la familia los hijos aprenden a desarrollar su *ser desde* hasta su *ser con*. La llegada de nuevos hijos implica un aprendizaje de comunión especialmente para los hijos mayores, que llegan a ser también hermanos. Han de adquirir la madurez de asumir la realidad tal como es y las circunstancias que la acompañan: en particular, que no se hayan solos en la filiación, pues otros también son hijos de sus padres (y de Dios), de manera irrevocable. Las relaciones de fraternidad suponen la aceptación de la filiación del otro y empiezan a estructurar una nueva comunión en la familia.

Pero es la maduración filial de los hijos como padres o madres –origen humano de una nueva familia– el último tramo que hay que recorrer en el proceso de filialización. La paternidad/maternidad conlleva la perfección de la filiación que se traduce en *ser para* los hijos: origen natural y educador de los mismos. Los esposos comienzan a aprenderlas en la verdad íntima del donarse y recibirse, en la que entran también la paternidad y maternidad potenciales<sup>76</sup>.

Ciertamente, la familia es el lugar de la «tradición» donde los nuevos padres entregan lo más valioso; la vida<sup>77</sup>. No obstante, la entrega de la vida no se limita a un acontecimiento puntual. Es la entrega de la propia vida, como propuesta de vida hecha a los hijos, que se lleva a cabo a través de una historia,

<sup>75</sup> Cfr. MAJDANSKI, K. y RENARD, A. C., *Communauté de vie et d'amour*, 48.

<sup>76</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, 144.

<sup>77</sup> Cfr. DE MIGUEL, J. M., «Trinidad divina y familia humana», 62-63.

mediante la referencia a la experiencia de la vida de los progenitores<sup>78</sup>. Los padres tienen que madurar en su proceso personal de filialización educando a sus hijos, orientándoles hacia «la condición de un hombre maduro, a la medida de la plenitud de Cristo» (Ef 4,13). Los padres alcanzan su perfección filial cuando es Jesucristo mismo quien educa a la persona humana. En el fondo, toda la actividad educativa del hombre encuentra en Él su fuente. Él es la potencia educadora que conduce a cada hombre hasta la divinización<sup>79</sup>, plenitud de la filiación.

La educación es para los cristianos *educación en Cristo*. Es por tanto un momento cardinal en la edificación de la Iglesia de Cristo<sup>80</sup> y en la maduración del Cristo total. En continuidad con el judaísmo y con la antigua aspiración helenista de una educación como realidad esencialmente moral y religiosa, como educación del alma<sup>81</sup>, la educación de los padres cristianos hace presente a Cristo mismo, alcanzando así ellos la plenitud de la filiación.

Según Caffarra, la educación es la tradición que llega a ser presencia en el testimonio que los padres dan a los hijos. Esas tres categorías, tradición, presencia y testimonio, constituyen la actividad educativa: una narración de la vida que se hace de generación en generación<sup>82</sup>. Se entiende entonces que, para el ser humano, la educación de los hijos es la perfección de la generación en el tiempo. Conlleva introducirlos en una realidad que se rige por el amor (y que ellos mismos deben aprender a amar como hijos-hermanos-padres), en vez de regirse por el interés individualista.

Los padres sólo pueden llevar a término este proceso desde la verdad de su relación conyugal y la coherencia de su vida, marcada por la apertura a otros (hijos, familias) y la superación del miedo posesivo y egoísta. Por el contrario, pueden transformarse en un obstáculo si no completan su propio camino de apertura a la familia de los hijos de Dios. Así, la conversión del corazón de los padres hacia los hijos y del corazón de los hijos hacia los padres adviene en la relación educativa<sup>83</sup>.

<sup>78</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *L'amore insidiato*, 131.

<sup>79</sup> Cfr. ID., *Creare per amare*, 232-233.

<sup>80</sup> Cfr. CARRARA, P., «Educazione dei figli nella tradizione patristica», en NALDINI, M. (ed.), *Matrimonio e famiglia: Testimonianze dei primi secoli*, Fiesole: Nardini, 1996, 132.

<sup>81</sup> Cfr. *ibid.*, 125-126 y 142.

<sup>82</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *L'amore insidiato*, 138.

<sup>83</sup> Cfr. *ibid.*, 324. Algunos de los pasajes más relevantes acerca de la relación entre padres e hijos en la Escritura son: Ex 20,12; Dt 6,7.20-25; Sal 78,4; Pr 19,18; 22,6; Mt 15,4; Col 3,20.21. Aunque por falta de espacio no entremos en la cuestión, la paternidad y maternidad humanas tienen

En definitiva, la armonía dentro de la familia, sobre todo entre el padre y la madre, es la garantía para el éxito del proceso educativo<sup>84</sup>. Pero esta armonía resulta posibilitada por la vida de la gracia que los cónyuges se comunican recíprocamente en la celebración del matrimonio, que hunde sus raíces en el amor del Hijo por su Iglesia. Tettamanzi considera esta responsabilidad de los esposos cristianos como el ejercicio de un sacerdocio conyugal<sup>85</sup>. Los padres ayudan a los hijos a *Deum percipere* (oficio profético), *et colere* (oficio sacerdotal) *atque proximum diligere* (oficio real)<sup>86</sup>. En este proceso de maduración –aun cuando pueda parecer en determinados momentos que los padres han terminado el camino y cumplido su misión– la comunión paterno-fraterno-filial se sigue fortaleciendo siempre de nuevo<sup>87</sup>.

## 5. CONCLUSIONES

El título que hemos querido dar a este trabajo sobre la moral familiar pretende enfatizar el camino de maduración filial que ofrece la familia para cada persona humana que viene al mundo. Un camino que parte del mismo misterio de la Comunión Trinitaria mediante la fecundidad esponsal del Hijo en su misterio pascual. La persona puede llegar a su plenitud no de modo autónomo, sino con la ayuda de quien ya posee dicha plenitud<sup>88</sup>. La genealogía de la persona es la genealogía de su capacidad de amar, de ser don de sí para el otro<sup>89</sup>. La familia es el lugar donde se recorre este camino, que se inicia con la filiación, pasa por la fraternidad y termina con una paternidad que es don de sí a los nuevos hijos, de Dios y de la Iglesia.

---

mucho que enseñar al ejercicio de la paternidad y maternidad en la Iglesia: cfr. SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., «Familia e Iglesia: una relación fecunda e inagotable», en PELLITERO, R. (dir.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: Rialp, 2010, 121-142. Sobre la paternidad espiritual de los apóstoles y de sus sucesores: cfr. PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», 138-141.

<sup>84</sup> Cfr. CARRARA, P., «Educazione dei figli nella tradizione patristica», 133.

<sup>85</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *La famiglia via della Chiesa*, 258-259.

<sup>86</sup> Cfr. ID., *I due saranno una carne sola*, 115-116.

<sup>87</sup> «Al llegar la vejez, la invalidez o cualquier otra forma de incapacidad senil, el amor de los hijos a los padres los mantiene en la vida»: ICETA, M., *La familia como vocación*, 20. Los padres y los hijos se siguen necesitando al final de la vida, y más allá de la vida física, podríamos decir, pues el desarrollo de la filiación como base de la comunión no desaparece nunca: cfr. TREMBLAY, R., «Figli sempre di nuovo», en TREMBLAY, R. y ZAMBONI, S. (a cura di), *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, Bologna: EDB, 2008, 405-413.

<sup>88</sup> Cfr. CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare*, 219.

<sup>89</sup> Cfr. *ibid.*, 141.

La vía de la familia es la vía más importante para la Iglesia<sup>90</sup> porque en ella se va realizando la misma familia de Dios. En ese sentido, cada familia es una «Iglesia incompleta», que ha de abrirse a la gran familia de Dios con los hombres. La familia natural existe para llevar a la familia más grande, la familia de Dios: la primera predispone a la segunda. Por eso, «el corazón de familia incluye todo tipo de fecundidad, desde los propios hijos hasta la acogida de los más cercanos y el compromiso con toda la gran familia humana. Quien tiene corazón de familia es alguien que congrega, que crea comunidad. Atento a cualquiera, lleva en su corazón a todos»<sup>91</sup>.

La moral de la familia es una moral de la comunión que, necesariamente, se basa en la filiación. Toda comunión cristiana posee una estructura filial que no se queda en la individualidad. En la familia, los hijos llegan a ser hermanos y padres, pero siguen siendo hijos. Por eso hemos presentado la estructura de la comunión familiar a partir de la filiación divina que la funda, la desarrolla y la lleva a cumplimiento. Para hacer una familia quizás no es necesario mucho. Para *ser familia* sí. Cada miembro ha de aprender a amar creyendo y esperando<sup>92</sup>. Pero para ello no basta sólo una vida; es necesario ser permanentemente hijos en el Hijo. Ésta es la raíz teológica que alimenta la razón práctica de cada miembro de la familia: ser partícipe de la Filiación en la familia eterna del Dios Trino.

---

<sup>90</sup> Cfr. CF, n. 2.

<sup>91</sup> ICETA, M., *La familia como vocación*, 97.

<sup>92</sup> Cfr. TETTAMANZI, D., *La famiglia via della Chiesa*, 263-264.



## Bibliografía

- ALBURQUERQUE, E., «La familia, Iglesia doméstica», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 125-161.
- AROCENA, F. M., *Liturgia y vida. Lo cotidiano como lugar del culto espiritual*, Madrid: Palabra, 2011.
- BARTON, S. C., *Discipleship and family ties in Mark and Matthew*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.
- BENEDICTO XVI, *Audiencia*, 23-V-2012.
- BENEDICTO XVI, Enc. *Deus caritas est*, 25-XII-2005.
- BENEDICTO XVI, *Homilía en el V Encuentro Mundial de las Familias*, 9-VII-2006.
- CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *Creati per amare. Non è bene che l'uomo sia solo: L'amore, il matrimonio, la famiglia nella prospettiva cristiana*, Siena: Cantagalli, 2006.
- CAFFARRA, C. y ANSANI, R., *L'amore insidiato. Non è bene che l'uomo sia solo: L'amore, il matrimonio, la famiglia nella prospettiva cristiana*, Siena: Cantagalli, 2008.
- CARRARA, P., «Educazione dei figli nella tradizione patristica», en NALDINI, M. (ed.), *Matrimonio e famiglia: Testimonianze dei primi secoli*, Fiesole: Nardini, 1996, 122-142.
- Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 1992.
- CHENDI, A., «Il Dio trinitario e il suo disegno», en TREMBLAY, R. y ZAMBONI, S. (a cura di), *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, Bologna: EDB, 2008, 125-140.
- CIPRIANO, *De Dominica oratione*: PL 4.
- CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Lumen gentium*, 21-XI-1964.
- CONCILIO VATICANO II, Const. Past. *Gaudium et spes*, 7-XII-1965.
- DE MIGUEL, J. M., «Trinidad divina y familia humana», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 61-90.
- FERNÁNDEZ, A., *Teología Moral II. Moral de la persona y de la familia*, Burgos: Aldecoa, 1993.
- FRAILE, P. I., «“Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor”. La familia en la Sagrada Escritura», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 21-60.

- GALINDO, Á., «Horizonte antropológico y social de la familia», en ID. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 91-124.
- GRESHAKE, G., *El Dios Uno y Trino, una Teología de la Trinidad*, Barcelona: Herder, 2001.
- HAHN, S., *Lo primero es el Amor. Descubre tu familia en la Iglesia y la Trinidad*, 2 ed. Madrid: Rialp, 2005.
- ICETA, M., *La familia como vocación*, Madrid: PPC, 1993.
- JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam sane*, 2-II-1994.
- JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Familiaris consortio*, 22-XI-1981.
- JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Redemptoris custos*, 15-VIII-1989.
- LECLERCQ, J. y VENTOSA, J., *La familia. Según el Derecho Natural*, 5 ed. Barcelona: Herder, 1967.
- LORENZETTI, L., *La morale nella storia. Una nuova voce nei 40 anni della Rivista di Teologia Morale (1969-2009)*, Bologna: EDB, 2009.
- MAJDANSKI, K. y RENARD, A. C., *Communauté de vie et d'amour. Esquisse de Théologie du mariage et de la famille*, Paris: S.O.S., 1980.
- MAZZUCCO, C., «Dignità del matrimonio e della famiglia nella riflessione patristica», en NALDINI, M. (ed.), *Matrimonio e famiglia: Testimonianze dei primi secoli*, Fiesole: Nardini, 1996, 9-61.
- PANIMOLLE, S. A., «La famiglia nel Nuovo Testamento», en ID. (ed.), *Matrimonio-Famiglia nel NT e nei Padri della Chiesa*, Roma: Borla, 2006, 35-142.
- PASTOR, F., *La familia en la Biblia*, Estella: Verbo Divino, 1994.
- SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., «Familia e Iglesia: una relación fecunda e inagotable», en PELLITERO, R. (dir.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: Rialp, 2010, 115-144.
- SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., «La familia, lugar de la madurez filial», *PATH* 10/2 (2011) 311-330.
- SÁNCHEZ CAÑIZARES, J., *Moral humana y misterio pascual. La esperanza del Hijo*, Pamplona: Euns, 2011.
- SÁNCHEZ MONGE, M., «Serán una sola carne...». *Estudio interdisciplinar sobre el matrimonio y la familia*, Madrid: Atenas, 1996.
- SÁNCHEZ MONGE, M., «Caminar en familia bajo el impulso del Espíritu Santo. Algunas dimensiones de la espiritualidad familiar», en GALINDO, Á. (ed.), *Hacia una Teología de la familia*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, 225-276.

- SÁNCHEZ MONGE, M., *Antropología y Teología del matrimonio y la familia*, Madrid: Atenas, 1987.
- TALÓ, À., *La familia imagen viva y representación histórica de la Iglesia en los escritos de Dionigi Tettamanzi*, Roma: PUSC, 2003.
- TETTAMANZI, D., *I due saranno una carne sola. Saggi teologici su matrimonio e famiglia*, Torino-Leumann: Elle Di Ci, 1986.
- TETTAMANZI, D., *La famiglia via della Chiesa. Sussidi Pastorali e Liturgici*, 2 ed. Milano: Massimo, 1991.
- TREMBLAY, R., «*Ma io vi dico...*». *L'agire eccellente, specifico della morale cristiana*, Bologna: EDB, 2005.
- TREMBLAY, R., «Figli sempre di nuovo», en TREMBLAY, R. y ZAMBONI, S. (a cura di), *Figli nel Figlio. Una teologia morale fondamentale*, Bologna: EDB, 2008, 405-413.
- TREMBLAY, R., *L'«innalzamento» del Figlio, fulcro della vita morale*, Roma: PUL, 2001.
- TREMBLAY, R., *Radicati e fondati nel Figlio. Contributi per una morale di tipo filiale*, Roma: Dehoniane, 1997.
- TREMBLAY, R., *Vous, lumière du monde. La vie morale des chrétiens: Dieu parmi les hommes*, Québec: Fides, 2003.
- VALDIVIA, C., BERNABÉ, C. y RODRÍGUEZ DUPLÁ, L., *Cambios en la familia y cristianismo*, Bilbao: Universidad de Deusto, 2004.